EDUARDO EN ESCOCIA,

Ó

LA TERRIBLE NOCHE DE UN PROSCRIPTO.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

representado en el Coliseo de la Calle de la Gruz el 21 de Mayo de 1816.

PERSONAS.

EDUARDO CARLOS ESTUARDO, nieto de Jacobo II, Rey de Inglaterra.	MISS MALVINA.
EL DUQUE DE CUMBERLAND.	TOM, alcaide del castillo.
LORD DATOL.	OFICIAL 1.
SIR DARGIL.	OFICIAL 2.
EL CORONEL COPE.	UN CRIADO.
LADY DATOL.	VARIAS PERSONAS MUDAS.

La escena pasa en Eschi, pequeña isla en la parte sur de la Escocia.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un rico salon gótigo. En ambos lados del foro habrá dos mesas cubiertas con tapetes. En las partes laterales de la escena habrá dos puertas: la de la izquierda es la del aposento de Lady Datol; la de la derecha de un aposento separado. La del fondo conduce á la parte esterior del castillo.

ESCENA I.

MALVINA sola con una carta en la mano.

Ya han dejado el pais. Dónde se habrán retirado? Mucho temo que estos infelices caigan por fin en manos de sus enemigos. Desventurado Eduardo!.... Mas ay! Es forzoso ocultar en mi pecho unos sentimientos que me harian delincuente á los ojos de los que habitan en este castillo. Cuan dura es mi situacion! Sin tener nada que ver con las guerras civiles que han estado tanto tiempo ensangrentando la Escocia, me veo precisada por debilidad, ó mas bien por condescendencia, á manifestar una opinion tan contraria á la mia.... Pasos siento.... Es Lady Datol. Ocultémosla esta carta: su genio exaltado y su adhesion al partido de Jorge me dan mucho que temer.

ESCENA II.

MALVINA, LADI DATOL.

Lady. Me alegro de encontrarte aqui, querida Malvina, pues tengo que comunicarte una noticia muy agradable.

Malv. Cuál es?

Lady. Que el caballero Dargil acaba de llegar á esta isla..... Qué? te pones colorada?

Malv. Tia mia!

Lady. No debes de avergonzarte de un sentimiento que en sí nada tiene de

reprensible. Dargil es jóven, amable, de una familia igual á tuya en nobleza; y, en fin, bajo todos aspectos te conviene.

Malv. Pero qué es lo que os obliga á creer que.....

Lady. Pues que no soy muger? No debo conocer y entender á mi sexo? Cuando me ocultan un secreto sé penetrarlo.

Malv. Ah, Milady! ya que nada puede ocultarse á vuestra penetracion, quiero manifestaros el interés que me ha inspirado el jóven Dargil.

Lady. El interés? El amor querrás decir, no es verdad?

Malv. Pues bien, le amo, es cierto. Sus sobresalientes prendas me hicieron preferirle á todos los jóvenes que frecuentaban la casa de mis padres. La muerte del Lord Macdonaldo, y la necesidad en que me ví de abandonar el lugar de mi nacimiento, me precisaron á pediros un asilo en vuestra casa, y vos os dignásteis concedérmele; pero demasiado prudente para entregarme á una pasion que vuestro esposo desaprobará tal vez; quiero esperar á que el tiempo y la constancia de Dargil, hagan consentir á Milor en una union que es la única que puede hacer mi felicidad.

Lady. Respondo de mi esposo desde ahora. El favor que le dispensa nuestro Soberano Jorge, le ha tenido casi siempre ausente de esta isla que le pertenece en gran parte; pero pronto vendrá á ella para reconocer sus posesiones; y te aseguro que, á no ser por la palabra que me ha dado, nunca hubiera yo consentido en venir á enterrarme en Eschi, isla que, á la verdad, puede ser agradable para los que gusten de sitios agrestes, y de rocas escarpadas; pero fastidiosa en estremo para una muger acostumbrada á las distracciones de la corte.

Malv. No soy del mismo parecer. Este castillo, su situacion pintoresca, que inspira al alma cierta melancolía; á mí me embelesa y encanta.

Lady. Frases de novela! Qué es lo que aquí se vé? Rocas, mares, bosques de pinos, algunos pescadores y miserables montañeses.

Malv. Vuestra llegada aquí los ha hecho muy dichosos.

Lady. La única ventaja de esta isla es que, no habiendo tomado parte en la insurreccion contra Jorge, no ha padecido hasta ahora ninguna calamidad con las turbulencias que han afligido á la Escocia.

Malv. Cuántos estragos ha ocasionado la guerra en ese pais desventurado!

Lady. Mucho temo que aun no se han concluido. Acaba de desembarcar un cuerpo de soldados, y no penetro el motivo que puede conducirlos aqui. Dargil, que se halla al frente de ellos, no tiene otro objeto que el de consagrar sus obsequios á su adorada Malvina; pero para semejante visita, bien pudiera no traer consigo tanta gente.

ESCENA III.

DICHAS, UN CRIADO.

Criado. El caballero Dargil pide permiso para ponerse á vuestros pies.

Lady. El caballero Dargil?... Decidle que pase adelante.

ESCENA IV.

NALVINA, LADI DATOL.

Malv. Permitid que me retire... Este trage....

Lady. Te está muy bien. Le agradarás; yo te lo aseguro. Para una muger no hay mejor adorno que la presencia de su amante.... Pero ya llega.

ESCENA V.

DICHAS, DARGIL.

Darg. Mi vista, señoras, os causará sin duda alguna admiracion.

Lady. No, señor: ya teníamos noticia de vuestra llegada.

Darg. Advierto con placer que el aire del mar no ha alterado vuestra salud, y que... (*A Lady.*)

Lady. Los cumplimientos que me haceis no

os permiten saludar á Miss Macdonaldo.

Darg. Perdonad.... pensaba haberme ya puesto á sus pies. (*algo turbado.*)

Lady. No tal; no lo babeis hecho; pero os lo perdonamos con tal de que en adelante nos tratemos sin ceremonia, y yo misma os quiero dar el egemplo. En primer lugar os alojareis en esta casa; para lo cual, y á fin de que esteis con la debida comodidad, mandaré disponer luego todo lo necesario. Sobre todo, desterremos de entre nosotros esos frios cumplimientos, necesarios á veces en las ciudades; pero enteramente inútiles en el campo. En adelante entrad sin haceros anunciar: consideraos, en fin, como un hijo de la casa.

Darg. Cuántos favores!

Lady. Nosotros, por nuestra parte, procuraremos alejar de nuestra compañía el tédio que se apodera tan á menudo de las sociedades mas numerosas y escogidas. Este castillo, situado en una eminencia, ofrece por un lado la inmensa estension del océano. Por las mañanas nos iremos á desayunar á la azotea, donde con un buen anteojo nos divertiremos en ver los navíos amigos y enemigos, que el comercio ó guerra traen hácia nuestras costas. Al medio dia un buen paseo por lo mas sombrío del bosque, nos abrirá las ganas de comer... de que rara vez se carece en estos sitios. Alguna que otra vez la pesca nos hará recorrer el rededor de esta isla en una ligera barca. Por la tarde de vuelta al castillo, leeremos algun libro divertido, ó lo que tal vez os agradará mucho mas, mi sobrina y yo cantaremos algunos romances escoceses, cuyo aire melancólico escitará en vuestro pecho una dulce sensacion. De este modo pasaremos el tiempo sin echar de menos los dias ya pasados, y siempre con la esperanza de que serán todavía mas dichosos los venideros.

Darg. Ese delicioso cuadro de unos placeres tan puros é inocentes, me hará aun mas sensible el no poderlos disfrutar.

Malv. Pues qué no podreis pasar con nosotros el otoño?

Darg. No; bella Malvina: considerad, pues, cuan grande será mi sentimiento.

Lady. Vuestra llegada me hacia creer que, estando acabada la guerra, veníais á buscar en los brazos de vuestros amigos el descanso de tantas fatigas.

Darg. Solamente debo á una órden superior el placer de veros. El Duque de Cumberlan, despues de la batalla Cullóden, no contento con haber destruido para siempre con su victoria el partido de Carlos Estuardo, quiere hacerle prisionero para entregarle á Jorge. El Duque que, como sabeis, me honra con su aprecio, me ha cofiado el mando de la pequeña division destinada á ir en seguimiento de Eduardo. Ya he estado dos veces próximo á apoderarme de ese ilustre proscripto. Se cree que ha venido á refugiarse en esta isla, y he pasado á ella con una parte de mis tropas. Están cortadas todas sus comunicaciones con la tierra firme; mandado que no se deje salir á ninguna barca, y tal vez, antes de acabarse el dia, habré dado cumplimiento á una órden que, á la verdad, me es muy doloroso egecutar; pero de que no puedo prescindir por mi estado.

Malv. Bien pudiera el Duque haber recompensado vuestro valor con un encargo mas honorífico.

Lady. Te engañas, Malvina: yo nada veo en él de deshonroso. (*con despecho.*)

Malv. No es mi intento vituperarlo: considero á Eduardo como un desventurado proscripto, y bajo ese respecto me parece que es lícito compadecerle.

Darg. Compadecerle, ah! Malvina, esa bondad de vuestro corazon me enternece; pero considerad que Eduardo es nuestro mayor enemigo. No habeis visto hasta qué punto llegó á crecer su partido? Todos los hombres amantes de la novedad, ya sea por ambicion, ya por locura, se declararon partidarios suyos. El desórden, la anarquía, todas las calamidades de una guerra civil destrozaban nuestra patria; y á no ser por la

victoria de Cullóden; Jorge, todos los pares del Reino, y aun vuestra familia entera, hubieran sido víctimas de su furor.

Lad. No creia, Malvina, que fuese necesario hacerte una pintura de todas nuestras desgracias para patentizarte la justicia de nuestra causa. Bien sé que algunos de tu familia, y señaladamente el mismo hermano de mi esposo se han declarado por Eduardo; pero nunca hubiera imaginado que pensases tú como ellos.

Malv. Ese es el fruto de los partidos. Los del uno aborrecen á los del otro, y ese odio es tal, que no se puede compadecer á un desgraciado sin ofender á los que siguen la opinion contraria. Sir Dargil hubiera podido pasar en silencio esos detalles: y mi opinion, sea la que fuere, es de una importancia demasiado pequeña para alterar en nada la tranquilidad de mi pais. Soy muger, y por lo mismo, en medio de los desastres públicos, me complazco menos en disputar sobre los derechos de Carlos y de Jorge, que en seguir los impulsos de mi corazon, el cual me mueve á compadecer á un desgraciado, y á un desgraciado que, tanto en su adversidad, como en su fortuna, es acreedor al aprecio de sus enemigos mismos. Las mas veces esa severidad de principios proviene tan solo del acaloramiento que es consiguiente á las convulsiones políticas; y yo estoy cierta de la misma Milady que acaba de reprender en mí esos sentimientos, los hallará en su corazon si quiere consultarle.

Lady. Yo nunca olvidaré lo que debo á Jorge, ni los favores de que ha colmado mi familia.... Pero dejemos esta conversacion.

Darg. Si, será lo mejor: no gastemos en disputas políticas el precioso tiempo que debo emplear en el cumplimiento de mi obligacion.

Lady. Hablemos de la vuelta de mi esposo. Vos no le conoceis, caballero?

Darg. No, señora: nunca le he visto.

Lady. La casualidad os favorece en esta ocasion: pronto debe llegar, y será el primero á inventar nuevas diversiones....

Darg. De que no podré disfrutar. De un dia á otro tendré que marcharme, y su llegada no estará tan próxima que....

Lady. Al contrario: le estoy aguardando, y ya hace mas de ocho dias que deberia estar aquí. Esto me hace pensar en que si mi esposo, por uno de los acontecimientos tan comunes en el mar, se viese precisado á desembarcar en algun puerto vecino, las órdenes que habeis dado....

Darg. No os podrán perjudicar. El Milor será sin duda conocido en el pais.

Lady. No. Hemos heredado esta tierra de un tio nuestro, y esta es la primera vez que viene á ella mi esposo. Bien era necesaria una razon tan poderosa como la de ver y reparar estas nuevas posesiones, para hacernos abandonar la Corte, y conducirnos á este desierto.

Darg. Tendrá sus papeles, sus títulos, su nombre.... Ademas, es permitido abordar á esta isla, y solo está mandado no dejar salir á nadie de ella.

Lady. Eso me tranquiliza.

ESCENA VI.

DICHOS, TOM.

Lady. Y bien, amigo Tom, qué noticias traes de tu amo? llegará pronto?

Tom. He estado mucho tiempo esperando en el puerto, y ya empezaba á impacientarme, cuando llegó un marinero que me entregó esta carta.

Lady (*abre la carta.*) A ver! Leamos. »No puedo tener el gusto de verte hoy, »mi querida Lady: acabo de naufragar, »y por la poca habilidad del piloto, he»mos venido á dar contra las rocas de la ,,costa opuesta. Solo debo mi vida al va,,lor de algunos pescadores, y me hallo ,,ahora en su cabaña, donde se me pro,,digan todos los consuelos con la mas sin-

„cera hospitalidad. Pasaré en ella la no-
„che. El mar está todavía muy agitado,
„y necesito ademas algunas horas de
„descanso. Harás que venga mañana mi
„fiel Tom. Es inútil decirte que he per-
„dido todas mis alhajas, vestidos y pa-
„peles; pero esa pérdida no me causa
„sentimiento alguno, pensando en que
„pronto volveré á ver en ti el bien mas
„precioso que poseo. Tu esposo = Lord
„Datol." Esta carta me ha llenado de sobresalto.

Darg. Que debe cesar con la seguridad que teneis ahora de que vuestro esposo se halla fuera de peligro.

Malv. Cuánto gusto tendré en ver á mi buen tio!

Darg. Yo igualmente; y tanto mas cuanto que así podré aprovecharme de su venida para hacerle una súplica...

Lady. (*sonriéndose.*) Cuyo obgeto adivino; mas para prepararla entre nosotros confiad á otro oficial el reconocimiento que teneis que hacer en la isla, y venid luego á pasar la noche en conversacion con nosotras hasta la hora de recogernos.

Malv. Nos dais palabra de venir?

Darg. Puedo acaso negarme á semejante peticion? Hasta luego, amada Malvina. A vuestros pies, Milady. (*vase.*)

ESCENA VII.

LADY, MALVINA, TOM.

Lady. (*á Tom.*) Manda adornar esta sala; ya se acerca la noche, y es preciso que esté bien iluminada: el caballero Dargil cenará con nosotros: ten cuidado de avisarnos cuando llegue. Ven, querida Malvina, te manifestaré mis proyectos. Tu amante está aquí, y yo espero á mi marido: esto basta para dar mucho que hacer á dos mugeres. (*vanse Lady y Malv.*)

ESCENA VIII.

TOM *solo.*

Egecutemos las órdenes de mi ama.

Llama y dice al criado que sale.

Que traigan luces.... Es preciso complacer á la señora. Es tan bondadosa! pero qué significa tanto soldado como ha llegado á la isla? He oido decir que vienen en seguimiento del príncipe Eduardo. Pobre jóven! En verdad, que cuando me pongo á reflexionar sobre la conducta de los hombres, y veo la locura de los unos, y la necedad de los otros; doy gracias al cielo de no ser mas que un pobre criado. Luego que he concluido mi tarea soy el señor mas dichoso de este mundo. Si hicieran todos los hombres lo que yo no se verian tantas desgracias.

ESCENA IX.

TOM, UN CRIADO.

Criado. Señor Tom, se ha entrado en casa un hombre desconocido.

Tom. Y eso qué importa?

Criado. Sí importa; porque tiene una traza..

Tom. Le has preguntado quién es?

Criado. Sí señor; pero no me ha respondido: ha continuado subiendo la escalera, y se halla ahora en el recibimiento.

Tom. Quién podrá ser?

Criado. Yo no sé; pero su trage lleno de andrajos, la palidez de su rostro, y la alteracion de sus facciones, me hacen creer que es un gran malvado ó un hombre muy infeliz.

Tom. Y dónde dices que se halla?

Criado. En el recibimiento.

Tom. Déjale entrar. (*vase el criado.*) Quiero preguntarle los motivos que le obligan á entrar de ese modo en el castillo del Lord Datol. No sabe á lo que se espone faltando así al.... Pero ya llega. Es preciso recibirle con agrado. Me parece muy desgraciado, y su presencia infunde respeto.

ESCENA X.

TOM, EDUARDO *embozado en una capa, entra sin ver á Tom.*

Eduar. Ya no me queda esperanza alguna... Soy perdido, perdido para siempre.

Tom. Cometeré alguna indiscrecion preguntándoos?...

Edu. Qué me quereis?... Sabeis quién soy?

Tom. Oh, Dios! Su agitacion, el sonido de su voz, todo me inspira un temor....

Eduar (*hablando consigo mismo.*) Ah, crueles! Tal vez me perseguirán hasta aquí mismo.... Cielos! calmemos la agitacion de mi pecho. (*repara en Tom, y se contiene.*

Tom. Estais aquí en una casa cuyos amos son humanos, generosos....

Eduar. Humanos, generosos! Ah! cuan pocos se ven en este mundo!

Tom. Me pareceis muy desgraciado.

Eduar. Desgraciado? Ah! sí, lo soy.... Vivís en esta casa?

Tom. Sí señor: soy el alcaide del castillo; pero podeis estar seguro de que el Lord Datol....

Eduar (*hablando consigo mismo.*) Lord Datol! Le conozco. Su hermano fue amigo mio.... y él... me acuerdo que un dia en Roma....

Tom (*aparte.*) Qué dice?... Mi amo....

Edu (*lo mismo.*) El es, sí, él es á quien defendí en Roma con riesgo de mi vida: á no ser por mí hubiera perecido.... Aun tengo presentes todas sus facciones. Podré hablar al Lord? (*á Tom.*)

Tom. Al Lord no es posible, porque está ausente; pero Milady está aquí, y es la muger mas respetable....

Eduar. Milady!

Tom. Oh! si, el Lord ha hecho grandes servicios á Jorge: Milady, por su mérito, ha llegado á ser la favorita de la Reina. Así es que esta es una casa enteramente consagrada á los intereses del Rey Jorge.

Eduar. Consagrada á los intereses del Rey Jorge!

Tom. Lo que yo decia hace poco hablando conmigo mismo. Ya está la guerra acabada, y los partidarios de Estuardo han caido. Algunos señores al ver los primeros sucesos de Eduardo, creyeron que podian declararse en favor suyo; pero no les arriendo ahora la ganancia.

Eduar. Infelices!

Tom. En cuanto á mis amos, antes morirán que ser infieles á su Soberano.

Eduar. Lo creo muy bien.... Decid; sin embargo, á la Duquesa que un estrangero quiere hablarla.

Tom. Pero....

Eduar. Id al punto. Yo os lo man.... yo os lo suplico.

Tom. (*aparte y vase.*) Pues voy. Este hombre me parece sospechoso, y sin embargo me interesa.

ESCENA XI.

EDUARDO *solo.*

Lord Datol no está aquí!.... Él era el único que querria salvarme. Dos años escasos no pueden haberle hecho olvidar que una noche en las calles de Roma, fué acometido por mis partidarios, y que estando ya para caer, yo mismo le socorrí, y solo debió su vida á mi valor y generosidad. Pero tal vez habrá olvidado este servicio: los beneficios comunmente producen solo ingratos. Ya no puedo resistir á tantas fatigas. La muerte que me persigue será la que ponga únicamente término á las desgracias que padezco. Desdichado de mi! (*Se sienta cerca de la mesa de la derecha.*)

ESCENA XII.

EDUARDO, TOM *sale sin hacer ruido, y se queda algo lejos de Eduardo.*

Tom. Bueno! Ya he avisado á Milady: veamos lo que hace este hombre... Toma! se ha sentado junto á la mesa.

Eduar. Mis miembros se hallan tan fatigados que apenas puedo moverme.

Tom. Está hablando; pero no puedo oir lo que dice.

Eduar. Cinco dias, cinco noches sin tener un instante de sosiego!

Tom. Qué será lo que tiene que decir á mi ama?

Eduar. Mis ojos rendidos por el sueño, se cierran á pesar mio.

Tom. Será tal vez algun gentil hombre de estos alrededores, que viene á implorar

su generosidad.

Eduar. Daria todos los bienes de la tierra..

Tom. Me parece que se duerme.

Eduar. Sí, todos los bienes de la tierra por dos horas de sueño. (*Se queda dormido; pero su sueño debe ser muy agitado.*)

Tom. Lo dige: ya se ha quedado dormido. Ah! tal vez vendrá de muy lejos, y estará cansado. Pobre hombre!

ESCENA XIII.

DICHOS, LADY DATOL.

Lady. Y bien dónde está ese estrangero? (*á Tom.*)

Tom. Ahí está....Chi.... Cuando llegó tenia trazas de estar muy cansado, y se ha quedado dormido.

Lady. Su vista me llena de sobresalto.... Qué me querrá? No te lo ha dicho?

Tom. No señora.

Lady. Que agitado está!

Eduar (*soñando.*) Jorge!... Jorge!

Tom. Está hablando.

Eduar. A mí, valientes soldados.

Lady. Si será algun proscripto?... Cielos!

Eduar. Escoceses, huis?... Entregais á vuestro Rey?

Lady. Oh, Dios!.... Si será!.... No me atrevo á imaginarlo.

Eduar. Tanta sangre vertida por sola una corona! Ah!

Lady. No hay que dudar, él es.... Tom, has oido!

Tom. Yo, señora, no he oido mas que algunas palabras sueltas.

Lady. Bien está: entra en ese aposento inmediato. Si yo te llamo, ven al punto; pero no salgas de él sin orden mia. (*vase Tom.*)

ESCENA XIV.

EDUARDO, LADI DATOL.

Lady. Esperaré á que despierte, ó!.... Pero cómo he de creer que Eduardo!... No, no es posible que sea ese ilustre proscripto el que estoy viendo.... Ese vestido tan pobre....

Edu. (*soñan.*) Eduardo! Eduardo infeliz!

Lady. Eduardo! No me he engañado. Que he de hacer? Llamaré gente, ó seguiré los impulsos de la piedad que me inspira mi corazon para con los desgraciados?... Pero yo, la esposa del Lord Datol, habré de cometer una infidelidad á mi legítimo soberano! No, ahoguemos los sentimientos que se apoderan de mi alma, llamemos á Dargil y consultemos con él.... A Dargil! Ah! no, eso seria entregarle á la muerte. Dargil es un soldado que no conoce mas que su deber, que responde con su cabeza de la egecucion de las órdenes que le han dado.... que le aborrece, y desea vengar la muerte de sus hermanos... Eduardo! desventurado Eduardo! quién te podrá salvar!

Eduar. (*despertando.*) Han pronunciado mi nombre.... Cielos!... Qué veo!

Lady. A Lady Datol.

Eduar. Y sabeis quién soy yo?

Lady. Un proscripto sin duda....

Eduar. Pero sabeis que proscripto?

Lady. Si he de juzgarlo por algunas palabras que os he oido durante vuestro sueño, temo ver en vos....

Eduar. Al nieto infeliz de....

Lady. Oh Dios!

Eduar. Sí, lo soy: ved en vuestra presencia al desgraciado príncipe Carlos Estuardo.

Lady. Ah! príncipe! y qué venis á buscar aquí?

Eduar. El término de una vida que me es odiosa.

Lady. Y sabeis quién soy yo?

Eduar. Esposa de un Lord amigo de Jorge y contrario mio.

Lady. Si lo sabeis, por qué buscais asilo en mi casa?

Eduar. Prófugo, perseguido, iba á ceder al peso de la fatiga y del sueño. En el momento de caer en manos de los soldados, ví abierta esta casa y entré en ella: tal es mi situacion que pediria asilo al mas cruel de mis perseguidores.

Lady. Y qué puedo ya hacer por vos? Cuando la piedad me habla en favor

vuestro, mi seguridad, la de mi esposo.....

Eduard. No intento comprometerla. Milady, no os pido mas favor que el que no podeis negar al hombre mas enemigo. „El nieto de Jacobo II, Rey de „Inglaterra, os pide un pedazo de pan." (*Son palabras de la historia.*)

Lady. Pan!

Eduar. Sí; y la gracia de poder descansar un par de horas.

Lady. Oh Príncipe!... Tom, Tom.

ESCENA XV.

DICHOS, TOM.

Lady. Tom, escucha. (*le habla al oido.*) Sobre todo te encargo el silencio. (*vase Tom.*)

ESCENA XVI.

EDUARDO, MILADY, esta se acerca á Eduardo, le mira, y se enjuga las lágrimas con el pañuelo.

Eduar. Llorais, Milady? Pues que sería si supieseis los trabajos que he pasado? No os hablaré de la inconstancia de la guerra: tal vez la Francia y la Italia celebran todavía mis sucesos, mis prósperas fortunas.... Pues mirad, sin embargo, á que estado me han reducido.

Lady. Sé que la última batalla....

Eduar. Si hubiera yo salido victorioso en Cullóden, la Inglaterra era mia; pero vencido, tan solo debo esperar la muerte. Ah! si aun pudiese reunir mis tropas destrozadas; si tuviese á mi lado aquellos valientes capitanes que las mandaban, todavía podria reconquistar mi Reino y humillar á Jorge.... (*Lady hace un movimiento de disgusto.*) Perdonad, señora, si os ofenden mis palabras, y si en el seno de la miseria me entrego á los delirios de la ambicion. No le es dado á un infeliz desamparado de todo el universo, hablar de combates y de tronos. Ah! si fué mi proyecto temerario, harto castigado estoy. Tiempo ha que perseguido por el Duque de Cumberland, solo he podido hallar asilo entre la gente del pueblo; y desde entonces proscripto y fugitivo, no veo en derredor de mí mas que la miseria y el espanto, el cadalso y la infamia.

ESCENA XVII.

DICHOS, TOM (trae vino y pan.)

Lady (*echando vino en el vaso.*) Tomad un poco de vino y algun alimento: tal vez sería peligroso ofreceros mas en este instante. Sal, y aguarda á que te llame. (*á Tom.*)

ESCENA XVIII.

EDUARDO, LADY BATOL.

Eduar. Ah! siempre ha de ser una muger la que me vuelva la vida!

Lady. Qué quereis decir?

Eduar. En estos tiempos de desventuras, de enconos y proscripciones, el valor, la generosidad, todas las virtudes se albergan en el pecho de ese tímido sexo.

Lady. Cómo?

Eduar. A su sensibilidad, á su tierna piedad es á quien debo la ventura de haber escapado hasta hoy del furor de mis enemigos. Ultimamente una muger... (debo callar su nombre) me libertó de una muerte cierta, igualmente que á algunos compañeros mios. Ella me amparó: lágrimas de ternura corrian por sus megillas..... como corren ahora por las vuestras..... En fin, gracias á su cuidado, esperaba, oculto entre las rocas de la costa, que algun navio estrangero viniese en mi socorro. Vana esperanza. La casualidad ó la traicion hizo que se descubriese mi retiro, y me persiguieron hasta él. Nueva fuga, nueva fuente de tormentos. Ah! mis fuerzas no son bastantes para pintaros el cuadro horrible de mis infortunios. He podido resistirlos; pero ahora no me será posible el relatarlos.

Lad. Ah! con lo poco que ya sé, mi corazon se parte de dolor: olvido al hablaros que habeis sido el enemigo de mi

patria.... Pero no renovemos mas esas crueles llagas: pensad solo en reparar vuestras debilitadas fuerzas. En breve el dulce sueño alejará de vos la idea de los peligros que os amenazan.

Eduar. Pues qué, pensais continuar dándome asilo?

Lady. Así lo debo hacer con un infeliz.

Eduar. Ved que por premio de vuestra generosidad, una bárbara ley condena á muerte....

Lady. Ya lo habia olvidado al escucharos.

Eduar. No: conozco los peligros que me rodean, y vuestros esfuerzos serán vanos. Cercado en esta isla, no me es posible escapar de mis enemigos. Ya estoy cansado de arrastrar por todas partes mi mísera existencia. Mientras la esperanza ha reinado en mi pecho, he sobrellevado con paciencia mi destino: ahora debo y quiero morir. Sin embargo, acepto por algunas horas el asilo que me ofreceis, para recobrar con el reposo mis debilitadas fuerzas. No quiero que al caer en manos de mis enemigos, se noten en mi rostro las señales de un hombre abatido y abandonado. Eduardo quiere morir como príncipe, como soldado; mas no quiere arrastraros consigo en su ruina. Exijo de vos, para seguridad vuestra, que mañana mismo me entregueis al gefe que manda en esta isla.

Lady. Qué decís? Yo denunciaros? Yo entregaros á la muerte? Qué mal me conoceis! No me avergüenzo de decirlo: daria todos mis bienes porque la casualidad, que os ha traido aquí, no me obligase á faltar á la fidelidad que debo á mi Rey; pero ya que el cielo os hizo pisar los umbrales de mi casa, ya que habeis implorado con confianza el asilo y la hospitalidad debidos á un infeliz, esa hospitalidad será sagrada: el techo que me cubre os abrigará tambien, y hallareis en mi, igualmente que cuantos me rodean, existencia, seguridad y proteccion.

Eduar. O generosa Lady!

Lady. Tampoco os ocultaré los riesgos que os rodean; pero mi casa es quizás la única en que no hay soldados. Ademas todas estarán sujetas al mas severo registro, y la mia será sin duda esceptuada. El gefe de la tropa vive en ella; y lejos de creer que yo haya intentado daros un asilo, tiene entera confianza en todo cuanto á mí pertenece. Conoce de tal modo mi opinion, que creeria ultrajarme concibiendo la menor sospecha contra mí. La venida de mi esposo no alterará en nada mis proyectos. Yo le conozco; el recuerdo de su hermano; la nobleza de su pecho....

Eduar. Yo tambien le conozco; y estoy cierto de que su corazon.....

Lady (*señalando la puerta de la derecha*) Permanecereis en ese cuarto: cerrándole por este lado, nadie os verá. Un criado de mi confianza os llevará lo que necesiteis. Luego que se haya marchado la division cuya presencia os intimida, mandaré disponer un barco, y algunos fieles montañeses os conducirán á cualquier puerto de Francia, donde os podreis reunir á vuestros aliados.

Eduar. Oh muger generosa!.... Qué sentimientos oprimen mi corazon!..... Ah! quiero derramar á vuestros pies abundantes y consoladoras lágrimas. Despues de tanto como he padecido, no les quedaba á mis ojos otro llanto que verter, sino el de la gratitud. (*Se arroja á sus pies.*)

Lady. Pasos siento!.... Cielos! es Dargil.

ESCENA XIX.

DICHOS, DARGIL.

Darg. A vuestros pies, Milady.

Lady. Qué peligro? (*Aparte.*)

Darg. Ah, perdonad!... Pero me engaño? No. Vuestra agitacion, vuestros ojos humedecidos aun por el llanto, todo me hace creer que veo aquí....

Lady. A quién?

Darg. Al Lord Datol, vuestro esposo.

Lady (*aparte.*) Feliz casualidad = Sí, caballero; esta turbacion, estas lágrimas provienen de un encuentro inesperado...

Darg. Aunque no conocia al Lord, bástame el veros reunidos para venir en conocimiento de quién es. (*Siéntase Eduardo, y permanece inmóvil.*)

Lady. La pobreza de su vestido, la palidez de su rostro no os deben admirar. Ya sabeis que acaba de naufragar.

Darg. Pero por qué no me habeis avisado? No os hubiera venido á incomodar en vuestra conversacion. Vuestros criados.....

Lady. Mis criados, casi todos naturales de esta isla, le conocen apenas, y han creido que no es mas que un mero estrangero... y yo, con la alegria que me ha causado su vista, he pensado menos en darle á conocer, que en suministrarle los socorros que requeria su estado.

Darg. Y sabe vuestra amable sobrina?...

Lady. Todavía no; pero tened la bondad de participarla esta agradable noticia. Perdonad si el Lord no os dá por ahora muestras del interés que le inspirais; pues es tal su cansancio....

Darg. No lo estraño, y por lo mismo os dejo á solas. En otro instante tendré el honor de ponerme á las órdenes de V. E. (*á Eduar.*)

Lady. Decid, si gustais, á mi sobrina que su tio no podrá verla sino despues de algunas horas de descanso. Luego que se haya entregado al reposo, os iré á buscar.

Darg. Quedareis servida. (*vase.*)

ESCENA XX.

EDUARDO, LADY DATOL.

Eduar. Con que ese es el jóven encargado de prenderme? (*á Lady con frialdad.*)

Lady. Desechad esa idea, y aprovechémonos del medio que él mismo nos ha suministrado.... Ah! sin su dichosa equivocacion todo se iba á descubrir. Yo no sabia que decirle: vuestra palidez, vuestra turbacion, y tambien la mia, todo os hacia sospechoso; pero el cielo, que sin duda os protege, ha hecho que vuestro mismo enemigo nos dé los medios de libertaros de su vigilancia.

Eduar. Yo temo, sin embargo, que alguna sospecha....

Lady. No, conozco á Dargil: el resentimiento que le anima en contra de vuestra familia, es demasiado violento para poderle contener. Si hubiese tenido sospechas de que sois alguno de los proscriptos que persigue, os lo hubiera dicho; y á pesar de la estimacion en que me tiene, y del amor que profesa á mi sobrina, se hubiera asegurado de vuestra persona. Ahora conviene que descanseis. Tom?

ESCENA XXI.

DICHOS, TOM.

Lady. Conduce este estrangero á ese aposento, y cuida de que no le falte nada. Dí ademas á los criados, á mi sobrina, al jóven Dargil, en fin, á todos los que habitan en esta casa, que mi esposo ha llegado ya, y que es este mismo estrangero.

Tom. Cómo, señora?

Lady. Haz lo que te mando: cuento con tu discrecion y tu fidelidad. Luego te aclararé yo misma este misterio.

Tom. Ya conoceis mi celo ...

Eduar. Ah! cómo podré pagaros?...

Lady. Si salgo bien con mi empresa, quedaré pagada. (*Entra Eduardo en el gabinete con Tom.*)

ESCENA XXII.

LADY sola.

Ah, ya respiro! Qué partido tomaré? El cielo me lo inspirará sin duda.... Pero apresurémonos á reunirnos con el caballero Dargil y con mi sobrina: á pesar de la agitacion de mi pecho procuraré manifestar un semblante risueño, y hacer creer con la serenidad de mi rostro, que mi corazon se halla gozoso. Preciso será fingir.... Mas cuando la humanidad y el deseo de hacer bien nos animan, es permitido á veces engañar y mentir á la faz de todo el mundo.

FIN DEL PRIMER ACTO.

xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

LADY DATOL sola.

Todos los criados están engañados; el caballero Dargil sin sospecha; y todo va bien hasta ahora. Mi sobrina quiere ver á su tio, y espera con impaciencia á que despierte. Deberé instruirla del suceso? yo bien sé que no es enemiga de Eduardo; pero su edad carece de aquel ingenio necesario para pöder disimular con acierto: ella ama á Dargil, y este podrá tal vez penetrar su secreto. No, no la digamos nada: basta para mi proyecto que Tom esté instruido de él.

ESCENA II.

LADY DATOL, TOM.

Lady. Y bien, amigo Tom, has hecho lo que te he encargado? has sacado el vestido para nuestro huesped?

Tom. Ya está todo dispuesto. En cuanto á los criados me ha sido fácil engañarlos: les he dicho que vuestro esposo os habia querido sorprender, y me habia prohibido el avisaros.

Lady. Mi intento era tener oculto á Eduardo; pero la venida de Dargil ha desbaratado mis proyectos. El príncipe estará aquí con el nombre de mi esposo; y á pesar mio tengo que presentarle como tal á los ojos de todo el mundo. Este engaño, sin embargo, no puede durar mucho tiempo; por consiguiente es preciso disponer su marcha cuanto antes.

Tom. Sin duda: ya hace cuatro horas que está descansando, y no hay que perder tiempo, porque debemos marchar á las diez.

Lady. Cuán duro es tener que arrancarle de los brazos del sueño!

Tom. Ello es preciso... Pero yo lo he previsto todo, y ya se hallará á estas horas en estado de sostener nuevas fatigas.

Lady. Ah, buen Tom! cuánto me complace tu humanidad!

Tom. Si esto es natural! Ademas, sabeis la reflexion que he hecho cuando me habeis contado la historia de ese desgraciado príncipe? Me dige á mí mismo: si el partido de Jorge hubiera caido, y mi buen amo se hubiera visto prófugo y proscripto, no colmaríamos de bendiciones á cualquier hombre generoso que le hubiera amparado? Pues bien, Milady, nosotros hemos favorecido á un hombre semejante nuestro, y sus amigos nos bendecirán tambien.

Lady. Ay! por qué no piensan todos los hombres como tú?

Tom. Porque tienen mas pasiones. Voy á ver al príncipe.... pero veamos antes si está todo dispuesto para su fuga. Recapitulemos.... Bueno, nadie nos oye. (*Mira al rededor de sí.*) Saldremos al dar las diez. Esa roca que está al pie del castillo, y que se avanza hácia el mar, impedirá el que seamos vistos por las centinelas. Nos embarcaremos sin ruido. La obscuridad de la noche nos favorecerá: en un instante daremos la vuelta á la isla; y luego que estemos en casa de mi hermano, que nos pillen!

Lady. Aquí viene mi sobrina: marcha. Confio á tu prudencia la vida de ese infeliz.

Tom. Pues quedad sin cuidado. (*Vase.*)

ESCENA III.

LADY DATOL, MALVINA.

Malv. Y bien, se puede ver ya á mi tio?

Lady. Tom acaba de entrar en su aposento.... Pero, dime, hace mucho tiempo que se ha marchado Dargil?

Malv. Cerca de dos horas. A cada instante llegan partes que le informan de lo que pasa en la isla; de suerte que no le dejan ni un instante de sosiego.

Lady. Luego siempre está ocupado en perseguir á los rebeldes?

Malv. Me dijo que sus soldados habian

ido en seguimiento de uno de esos fugitivos que se habia acogido en el bosque. Desgraciado!

Lady. Ah! sí, digno es de compasion.

Malv. Tambien vos le compadeceis, querida tia? Sin embargo, hace poco que reprendiais en mí esa misma compasion.

Lady. El acontecimiento mas sencillo y mas imprevisto, suele cambiar en un instante nuestros sentimientos.

Malv. Ah! yo bien conocia la bondad de vuestro corazon.

Lady. Mi querida Malvina!

Malv. Miladi, sois noble y generosa, y yo soy culpable por haberos ocultado tanto tiempo un acontecimiento que es el mas interesante de mi vida.

Lady. Tienes algun secreto?

Malv. Perdonad. Solo vuestra opinion contra Eduardo....

Lady. Qué importa la opinion? el corazon debe quedar siempre el mismo.

Malv. Sabed, pues, que poco tiempo despues de la muerte de mi padre, retirada sola en su castillo, mientras aguardaba vuestras órdenes para venir á vivir con vos en esta isla, procuraba, dando varios paseos por los bosques que le rodean, dar algun alivio á mi dolor. Volviendo un dia al castillo, acompañada de un criado, ví venir hácia mí una cuadrilla de hombres, cuyas inquietas miradas y vestidos androjosos me causaron al pronto algun sobresalto. Quise huir; pero acercándose á mí uno de ellos, cogió la rienda de mi caballo, y me dijo....

ESCENA IV.

DICHAS, TOM.

Tom. Señora, ya viene ... Mi amo sale. (*viendo á Malvina.*)

Malv. Mi tio? Ah, qué placer!... Corro á su encuentro.

Lady. Espera, hija.

Tom. Ya está aquí.

ESCENA V.

DICHOS, EDUARDO.

Malv. Cielos, el príncipe Eduardo!

Lady. Le conocias ya?

Eduar. Es ilusion lo que veo?... Ella es, sí, Miss Macdonaldo. Señora, ya os he hablado de ese ángel consolador que me libró de mis perseguidores: os he pintado su bondad, su candor, su generosidad....

Lady. Con que es ella?

Eduar. Sí, ella es, esa amable jóven. Ah! ahora mas que nunca conozco todo el horror de mi situacion. Por qué el cielo contrario á mis armas no me deja disponer de un trono con que recompensar la bondad de su corazon?... Pero proscripto, miserable, abandonado de todos mis amigos, debo á lo menos llorar á sus pies de regocijo por haber tenido la dicha de volverla á ver.

Lady. Malvina mia! (*la abraza.*)

Tom. Con tan hermosa presencia no podia menos de tener una escelente alma.

Lady. Con que eres tú quien ha salvado á este príncipe y sus desgraciados amigos?

Malv. Querida tia!

Eduar. No fue tanto la importancia del servicio lo que penetró mi corazon, como el modo tierno y generoso con que me lo ofreció. Lo que mas admiré en ella fue ese valor tan superior á su edad y á sus fuerzas; finalmente, todas las virtudes reunidas....

Malv. Ah! cesad....

Eduar. No, perdonad: debe saber Milady todo lo que habeis hecho en favor mio: tan grande generosidad no deberá admirarla, pues que la misma sangre circula por sus venas. Si la hubieseis visto, señora, cuán solícita andaba, en compañía de su criado, buscando un asilo seguro contra la persecucion de nuestros enemigos! Hallóle al fin en el fondo de una obscura gruta, donde esperamos, no sin alguna inquietud, la vuelta de la aurora. Mas ay! teníamos en ella abrigo; pero carecíamos de alimentos para prolongar nuestra existencia. A media noche vemos venir un hombre: este era el fiel criado de Malvina, y.... lo creereis? ella misma venia

con él á traernos los alimentos de que necesitábamos. El respeto y la gratitud nos hicieron postrarnos á sus pies, y en aquel momento nos pareció un ángel bajado del cielo para consolar á los desgraciados. Ya la debíamos la vida; pero aun hizo mas: ella calmó nuestra desesperacion. Sus palabras consoladoras dulcificaron la amargura de las crueles pérdidas que habíamos padecido. Fortuna, bienes, puestos y dignidades, todo lo olvidamos.... Mientras estuvo en nuestra compañía su presencia nos hizo afortunados; y luego que se ausentó, los instantes nos parecieron menos amargos con los dulces recuerdos de su bondad.

Lady. Y cómo salísteis de aquella caverna?

Eduar. Obligados á permanecer allí escondidos ocho dias, la partida inglesa que nos perseguia se retiró despues de haber aprisionado á algunos de nuestros gefes fieles, que, como nosotos, habian buscado su salvacion en la fuga. Nos resolvimos por fin á dejar aquel retiro. No pudiendo nuestra protectora hacer ya nada por nosotros, abandonó el castillo; pero nos dejó al marcharse á su criado que logró por caminos poco conocidos, conducirnos á la orilla del mar, donde esperábamos encontrar una escuadra francesa. Temiendo ser conocidos, solo andábamos de noche: de tiempo en tiempo hallábamos asilo en las casas de algunos señores que se habian alistado bajo mis banderas; mas ay! este débil recurso nos faltó muy presto: intimidados por mi derrota, y por el temor de hacerse sospechosos á Jorge, me negaron amparo en donde poco tiempo antes habia encontrado una acogida afectuosa, y recibido pruebas de la mas sincera amistad.

Lady. Infames!

Eduar. Ah! no fue ese el golpe mas sensible para mi corazon: no eran esos mis amigos. Unidos á mi partido por la ambicion, el temor les hizo abandonarle; pero aquellos compañeros que participaron como yo de vuestros beneficios, oh Malvina! aquellos que yo apreciaba mas....

Malv. Y bien, qué se han hecho?

Eduar. Todos me han abandonado.

Malv. Vuestros amigos!

Eduar. Mis amigos?... Los desgraciados no los conservan mucho tiempo. Este huia de mí sin decirme una palabra, dejándome al marcharse hasta la inquietud de su ausencia: aquel, pérfido y cobarde, iba á denunciarme á mis enemigos, creyendo que con vender mi vida salvaria la suya: otros, mas crueles aun, cuando el cansancio, la necesidad y la miseria me afligian mas, me echaban en cara sus desgracias; y todos á una voz me pedian sus bienes, su familia y su patria. Crueles! Tenia yo mas que ellos bienes, familia y patria?

Lady. Ah! cuán digna de lástima es vuestra suerte!

Eduar. Dos amigos solos me eran fieles aun: sufrian sin murmurar todos los males que caían sobre nosotros: sus almas grandes y generosas les hacian disimular hasta las lágrimas que arrasaban sus ojos. O Sheridan! O Sullivan! ya os he perdido; pero sea cual fuere vuestra suerte, jamás saldrá de mi corazon el recuerdo de vuestro valor y de vuestra fidelidad.

Lady. Tuvísteis que separaros de ellos?

Eduar. Acometidos por los soldados, nos defendimos con todo el valor que da la desesperacion: en fin, fuimos los tres separados por el número. Yo quedé solo y herido: en tan triste situacion, reuniendo mis debilitadas fuerzas, me acogí en un bosque inmediato. Allí encontré un arroyo, y con los pedazos de mi vestido, logré parar la sangre que corria por mis heridas.

Malv. Oh Dios!

Eduar. Envano llamo á mis desgraciados compañeros: solo el eco responde á mis gemidos. Esta soledad me pareció horrorosa. Ah! entonces fue cuando conocí toda la estension de mi desgracia. Eduardo, hijo de los Estuardos, gefe en otro tiempo de un poderoso egér-

cito, ahora se halla solo, herido, moribundo.... Venia á conquistar un reino, y ya no tiene siquiera un palmo de tierra adonde descansar.... Venia á mandar á millones de hombres, y ya no le queda ni un solo criado de quien disponer. En este instante temí mas que nunca caer en poder de Jorge. Cuando todo en la naturaleza estaba en contra mia, un noble orgullo vino á reanimar mis fuerzas abatidas; y desde aquel momento, vagando por los bosques, durmiendo sobre la dura tierra, apagando mi sed con las aguas inmundas de los cenagales, buscando mi alimento entre las frutas silvestres, y arrancando á la tierra las que solo tiene destinadas para los brutos, he vivido como ellos hasta este dia, en que el cielo me ha conducido á esta casa para darme á conocer el poder de la Divinidad, haciéndome encontrar á dos seres bondadosos, que acaban de aliviar el peso terrible de mis infortunios.

Lady. Pues esos mismos harán por volveros vuestra tranquilidad.

Eduar. Tranquilidad?.... Ya se acabó para mí.

Lady. Por qué habeis de perder la esperanza? Si hasta este dia ha podido mi sobrina libraros de vuestros enemigos, tendré yo menos fortuna que ella? Ya he tomado todas mis medidas: este fiel criado os conducirá á la costa mas inmediata, donde permanecereis oculto hasta que algun navío frances os venga á buscar. Pero no tenemos tiempo que perder: seguid á ese criado, de cuyo celo y fidelidad respondo.

Eduar. Todos los que os rodean deben ser virtuosos y compasivos!

Lady. (*á Tom.*) No pierdas tiempo: prevente de todas las cosas necesarias para vuestro viage. A las diez saldrás sin ruido por la puerta secreta: ésta tiene comunicacion con unos subterráneos abiertos en la peña, que os conducirán á un parage que está fuera de la vista de los centinelas, y adonde hallareis una barquilla.

Tom. Está muy bien: solo os suplico que me aguardeis un momento. Marcharemos ántes de la salida de la luna. (*v.*)

ESCENA VI.

EDUARDO, LADY DATOL, MALVINA.

Eduar. Cuantas penas os ocasiono! Milady, vos me habeis colmado de favores, y solo os puedo manifestar mi gratitud con inútiles acciones de gracias. En cambio de tantos beneficios os dejo el vestido que me ha acompañado en mi desgracia. „Si la Francia se „digna aun socorrerme, si el cielo me „concede los medios de pagaros lo que „os debo, podreis un dia presentármelo „en el palacio de los Reyes de la „Gran-Bretaña."

(*Histórico.*)

Lady. Dargil viene: prudencia, príncipe, y acordaos del nombre supuesto que llevais.

ESCENA VII.

DICHOS, DARGIL.

Darg. Perdonad, señoras, si mi obligacion me priva tanto tiempo del placer de veros. Ahora puedo ponerme á vuestra disposicion, Lord Datol: advierto con placer que el descanso os ha vuelto la serenidad que habian alterado las fatigas y los peligros del naufragio.

Eduar. Tambien fue ese mismo naufragio el que me impidió corresponder cuando os vi por la primera vez, al sincero interés que me manifestásteis.

Darg. Eso era muy natural: mi presencia os debia entonces ser molesta. Despues de un largo viage solo se apetece descansar, y en seguida verse rodeado de sus amigos: no digo esto por considerarme digno de ese título; pero por las esperanzas que me han dado estas señoras, creo que lograré un dia vuestra estimacion y amistad.

Eduar. Ya os juzgo digno de ellas, teniendo en vuestro favor las personas

que mas aprecio en este mundo.

Lady. Cesen esos cumplimientos, que yo creo sinceros, pero que....

Darg. En efecto; y me aprovecharé (si no lo teneis á mal) de esta ocasion en que estamos todos reunidos, para hacer al noble Lord una súplica.

Lady. Qué súplica?

Darg. Señora, soy soldado, y tal vez antes del amanecer recibiré órden de salir de la isla: este justo motivo, y la impaciencia que tengo, me hacen atropellar por toda consideracion para saber ahora mismo si debo ser feliz ó desgraciado el resto de mi vida. Sin duda estais informado del amor sincero.... (*á Eduardo*)

Malv. Es este el momento de hablar á Milord?... Esperad....

Darg. No: me aprovecharé de la presencia suya para exigir de él la mayor prueba de amistad que puede darme. Milor, no os hablaré de la nobleza de mi familia: hijo del Duque Dargil, mi nombre puede unirse á los mas ilustres del reino. Solo mi fortuna puede poner obstáculo al logro de mis deseos; pero Jorge, cuyo partido he seguido con el mayor celo, se ha dignado recompensar mis acciones con un encargo honorífico, aunque duro de egecutar. Sé que Eduardo se ha refugiado en esta isla, y tengo precision de perseguirle y de asegurarme de su persona. Sin duda preferiria combatirle y vencerle; pero soy mandado, y solo podré manifestar mi celo y mi amor á la patria, egecutando las órdenes que he recibido. (*Eduardo hace un movimiento de indignacion.*)

Lady. Basta.

Malv. Es inútil......

Darg. Ya conoceis el carácter de Jorge, y su odio contra los Estuardos.... No hay duda que cedería la mitad de su imperio por tener á Eduardo en su poder. Si logro hacerle dueño de su persona, qué no deberé esperar en premio de mis servicios? La estimacion de mis gefes, mis heridas, y aun diré mas, mi brillante conducta en la última batalla, todo me hace acreedor á algunas recompensas, que pueden legitimar mis pretensiones y el deseo que tengo de unirme á vuestra familia.

Eduar. Si Malvina quiere esperar el premio de esos servicios para enlazarse con vos, puede hacerse sin que yo me muestre quejoso.

Malv. Yo?

Darg. No la consulteis, yo lo ruego. Su corazon sensible y generoso en demasía, no ve en la egecucion de las órdenes que me han dado, mas que una crueldad atroz que ya me ha echado en cara.

Eduar. Yo la hago mas justicia que vos. Todo ser sensible debe llorar las desgracias que acarrean las guerras; pero todo soldado valiente debe obedecer fielmente á sus gefes, y cumplir su obligacion con firmeza y lealtad.

Lady. Volveremos á tratar otra vez con mas placer del objeto de vuestra súplica. Ocupaos ahora en la egecucion de las órdenes que teneis. Nosotras, por nuestra parte, sin mezclarnos en disputas políticas, llenaremos los deberes que el cielo y la humanidad prescriben á todo corazon sensible.

ESCENA VIII.

DICHOS, UN CRIADO.

Lady. (*al criado.*) Qué traes?

Criado. Un parte para el comandante. (*Entrega un papel á Dargil y se marcha.*)

Darg. Con vuestro permiso.

Lady. Ya lo teneis. (*Bajo á Malvina.*) Ese papel me llena de temor; no sé por qué. (*Dargil, al leer la carta, demuestra la mayor admiracion. Lady Datol, Malvina y Eduardo se llenan de sobresalto*).

Darg. El caso es muy estraño!

Lady. Qué os dicen?

Eduar. El se turba. (*Aparte*).

Malv. Muy pensativo está. (*En efecto, Dargil, despues de leer la carta*

permanece inmóvil, los ojos clavadas en tierra: hay un gran silencio: la inquietud se pinta en todos los semblantes.)

Lady. Qué os anuncia esa carta?

Malv. Os habíais quedado admirado, y ahora os sonreís.

Darg. Mi sorpresa no os causará admiracion, cuando sepais que este papel me anuncia que acaban de prender en la costa de enfrente á un hombre que dice ser el Lord Datol.

Lady. El Lord Datol!

Eduar. Cielos! *(aparte.)*

Darg. Es la cosa mas rara que se puede imaginar. Escuchad. *(lee.)* »Señor »Comandante: Acabo de prender á un »hombre que es á mi parecer alguno de »los principales partidarios de Eduar»do, y tal vez Eduardo mismo. Le he »encontrado oculto en una cabaña de »pescadores: su turbacion, su palidez, »cierta magnificencia que conserva aun »su vestido, todo me ha dado que sos»pechar. Le he interrogado, y me ha »respondido que se llama Lord Da»tol: que ha naufragado sobre estas »costas, y que se disponia á volver á »su casa. Le he dicho que me enseñe »sus papeles, y ha respondido que los »ha perdido todos en el naufragio. »Esas respuestas, muy verosímiles to»das, y que han sido confirmadas por »los pescadores, no me han impedido »asegurarme de su persona. Os será »facil cercioraros de la verdad, pues»to que mandais en la isla de Eschi, »adonde dice que posee grandes ha»ciendas."

Lady. Mi esposo en poder de los soldados! *(atemorizada, á Malvina.)*

Malv. Sosegaos. *(á Lady)*

Darg. Qué teneis, Miladi? Me parece que os turbais.

Lady. Y no sin razon.

Malv. Conteneos. *(bajo.)*

Darg. Conoceis acaso á este proscripto?

Lady. Si señor.... Quiero decir, que debo conocerle; porque si no tuviese confianza en mi piedad, cómo se atreveria á tomar el nombre de mi esposo?

Eduar. Por interesante que sea un proscripto, hay ocasiones en que es preciso, á pesar nuestro, sacrificarle, y...

Una mirada de Milady le hace callar.

Darg. Milor habla como verdadero amigo de Jorge. *(á Miladi)* Creyendo ese estrangero que vuestro esposo está todavía ausente, habrá aventurado esa mentira para salvarse.

Lady. En efecto, es así: la ausencia del Milor.... Pero yo temo que estando á la merced de los soldados, padezca ese estrangero algun mal tratamiento... En guerras como esta, la vida de un proscripto corre mucho riesgo en manos de sus enemigos.

Darg. No, Milady; luego que ha caido prisionero, cesa ya de ser nuestro contrario.

Lady. Ah! ya estoy tranquila.

Darg. Pero, á la verdad, tomais por él un interes que no acabo de comprender: ó vuestra piedad es muy grande, ó vuestro odio contra los Estuardos se ha disminuido mucho.

Lady. No, caballero; mi opinion siempre es la misma.... No debeis estrañar este interés. Mi sobrina tiene parientes en el egército contrario: mi esposo mismo teme que su hermano.... No me atrevo á decir esto de modo que lo entiendan; pero notad, notad su turbacion. *(Bajo á Dargil. Eduardo y Malvina demuestran mucha inquietud.*

Darg. En efecto, los Lullis, los Macdonaldos....

Lady. Yo creo, sin embargo que no pueden hallarse en estas costas; pero quien quiera que sea ese proscripto, mandad que le traten con todo respeto y consideracion: eso cuesta tan poco... es ademas tan dulce socorrer á un desgraciado.... creo que no negareis ese favor á mi amistad.

Darg. Creed, Miladi, que ese es un deber mio No os lo quiero ocultar: me sería muy sensible que ese proscripto estuviese unido con vos por la sangre ó por la amistad; pues quien quiera

que sea tendré que enviarle á Lóndres. Soy un soldado, y no puedo menos de obedecer.

Lady. Tambien conoceis demasiado mi modo de pensar para creer que mi intento sea el persuadiros á que falteis á vuestra obligacion, Yo seré la primera que os demuestre mi impostura. Cese, Milor, vuestra inquietud: nada debemos temer por las personas que nos interesan. (*á Eduardo.*)

Darg. No acabo de comprender como ha podido ese hombre imaginar un engaño tan inútil; pues bien debia conocer que conduciéndole aqui se habia de descubrir.

Lady. Os parece poco una dilacion de cinco á seis horas? (*mirando á Eduardo.*) En este tiempo se pueden egecutar muchas cosas. Pero decidme, Dargil, cuando tendré el gusto de ver á ese nuevo esposo?

Darg. Os lo voy á decir. (*lee*) »Se acaba de descubrir la escuadra francesa, »y se cree que intentará un nuevo »desembarco."

Edu. La escuadra francesa? (*con viveza.*)

Darg. Sí, ya estaba yo informado de ello. = »Os enviaré ese estrangero lo »mas pronto posible. Estoy haciendo »preparar la barquilla y la escolta que »deben conducirle: es regular que lle»gue á la isla al rayar el dia."

Lady. Al rayar el dia ya estareis libre. *Bajo á Eduardo.*

Darg. »Acabo de recibir una órden del »Duque de Cumberland, en la cual »me anuncia que llegará pronto á es»tas costas, &c."

ESCENA IX.

DICHOS, TOM sale y habla en voz baja á Milady.

Tom. Ya está todo dispuesto. (*Despues de decir esto se aparta un poco para esperar á Eduardo.*)

Lady. Lord Datol, tengo que hablar con vos sobre varios asuntos de la casa.... Sir Dargil nos dará su permiso.

Darg. Vos lo teneis. (*continua leyendo en voz baja.*)

Malv. Nos dejais? (*bajo á Eduardo.*)

Eduar. A Dios. (*en voz baja.*)

Malv. El cielo os guarde. (*vanse Lady, Eduardo y Tom.*)

ESCENA X.

DARGIL, MALVINA.

Darg. Y bien, señora, creeis que nuestro enlace merecerá la aprobacion de vuestro tio?

Malv. Yo me lisongeo con esa alhagüeña esperanza. Vos me habeis inspirado un tierno interés. Aun diré mas: confiad á otro esa comision que os ha dado el Duque de Cumberland; mandad salir de la isla á esas tropas que llenan de consternacion á sus pacíficos habitantes; quedaos en esta casa; y yo la primera suplicaré á mis tios que señalen el dia de nuestro himeneo, ó por mejor decir de nuestra dicha.

Darg. Cuanto me afligís con esas palabras! me poneis en la dura precision de desagradaros. Puedo yo acaso, sin faltar á mi deber, renunciar á esa prueba de confianza que me ha dado S. M. antes que mi edad y mis servicios me hayan hecho acreedor á ella?

Malv. Ya veo que la ambicion puede mas con vos que el amor. Bien sabeis, sin embargo, que mis riquezas son mas que suficientes para asegurar nuestra felicidad; pero....

Darg. Admiro vuestra generosidad; pero tengo un corazon demasiado noble para consentir en deber á ella sola mi fortuna.

Malv. Mi tia vuelve.

ESCENA XI.

DICHOS, LADY DATOL.

Darg. (*á Lady.*) Vuestra presencia nos anuncia que no estaremos privados mucho tiempo de la de vuestro esposo.

Lady. Creo, sin embargo, que aun tardará en venir.

Darg. Luego el negocio que le detiene es muy interesante?

Lady. Mucho. Ya se han marchado. Quiero traer aquí todos los oficiales de la division: con eso será menos activa la vigilancia. (*bajo á Malvina.*)

Darg. Teneis algun secreto, señoras? Me retiraré.

Lady. No, quedaos, hablaba á mi sobrina de una cosa que le interesa mucho.

Dargil. Permitid que os diga que habeis perdido aquella alegría que era antes el embeleso de todos los que os conocian.

Lady. Es cierto: el naufragio de mi esposo, y su vuelta imprevista han conmovido de tal suerte mi alma, que aun no he vuelto enteramente en mi. Sin embargo, quiero recobrar la alegría que me es natural.... Pero ay Dios! ya se me olvidaba: si algunos oficiales no están contentos con su alojamiento, enviadles recado de que vengan á cenar con nosotros. No perdais tiempo; pues es tarde. Mi marido cenará tal vez solo en su cuarto; pero eso no os deberá admirar por causa de lo muy cansado que está; ni nos estorbará tampoco para entregarnos á le alegria que vuestra presencia y la de vuestros amigos deberá inspirar á todo el mundo.

ESCENA XII.

DICHOS, UN CRIADO.

Criado. El Coronel Cope quiere hablar al comandante.

Darg. Me dais licencia, señoras, para recibirle?

Lady. Nos retiraremos.

Darg. No me priveis de vuestra presencia. Vendrá solamente á darme parte del reconocimiento que habrá hecho en el bosque, y esto es negocio de un momento.

Lady. (*al criado.*) Decid, pues al coronel que pase adelante. (*V. el criado.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, menos el criado.

Malv. Cope? Es ese coronel pariente de un general del mismo nombre que fué vencido por Eduardo?

Darg. Si señora: es cierto que fue vencido; mas no por eso deja de ser un buen oficial. Esos montañeses tienen un modo de pelear que admiraria á las tropas mas aguerridas.... En cuanto al coronel es un escelente hombre, aunque algo áspero en el carácter.... pero ya viene.

ESCENA XIV.

DICHOS, EL CORONEL COPE.

Cope. Mi comandante, vengo á daros parte.... Señoras, á vuestros pies.

Darg. Ha sido infructuoso vuestro reconocimiento en el bosque?

Cope. No hemos encontrado á nadie.

Darg. Lo estraño mucho; pues me aseguraron que habian visto entrar un hombre en él. Si habré sido engañado?

Malv. Sin duda: todos vuestros esfuerzos serán inútiles, y por lo mismo pienso que lo mas acertado será que hagais salir á vuestros soldados de la isla; pues sus habitantes no se acomodan muy bien con unos huéspedes tan numerosos y turbulentos.

Darg. Tambien á mí me parece que será eso lo mejor; por consiguiente, mañana daré órden para que la tropa pase á la otra costa.

Cope. Yo no soy de ese dictámen; pues todavía no he perdido las esperanzas de pillar á alguno de esos rebeldes antes del amanecer.

Lady. Cómo, teneis esperanzas?...

Cope. Mucho será que yo me engañe.

Lady. Pues qué medios teneis?...

Cope. Yo conozco mi oficio. Viendo que habíamos recorrido inútilmente todo el bosque, he hecho una reflexion que os parecerá muy natural.

Malv. Cuál es?

Cope. Si los proscriptos se han refugiado en esta isla, solo habrá sido con intencion de embarcarse: luego en vez de internarse en los bosques, se habrán ido

á esconder entre las rocas de la costa, y principalmente entre las que están al pie de este castillo, para ver si descubren en el mar algun navío.

Lady. Y bien? (*sobresaltada.*)

Cope. He enviado ciento y cincuenta granaderos á reconocer esas rocas, y á no ser muy diestro, dificil será que ningun hombre logre escaparse.

Lady. Cielos! (*aparte.*)

Cope. Os admira eso, señora?

Lady. Si señor, me admira la prudencia del coronel. No podia haber adivinado cosa mejor. (*Bajo á Malvina*) Sosiégate.

Cope. Pues mas os admirareis, cuando sepais que en el acto de colocar á mis granaderos, vi cerca de la costa, al pie de este castillo, una barquilla.

Lady. Y que habeis hecho de ella?

Cope. La he mandado quitar de allí.

Lady. Desventurado! (*aparte.*)

Cope. No es verdad que he hecho bien? Me han dicho que esa barquilla os pertenece; pero yo creo que sois demasiado adicta á nuestro Rey, para querer suministrar á sus enemigos los medios de evadirse.

Lady. En efecto, habeis hecho muy bien... no formo queja de ello; sin embargo, espero que luego que esté hecho vuestro reconocimiento, tendreis la bondad de restituirme esa barquilla; pues es necesaria al servicio de mi casa.

Darg. Os lo prometo. Coronel, oid dos palabras. (*Le habla al oido*).

Malv. Conque jamás podrá el infeliz Eduardo?.....

Lady. Todavía no he perdido las esperanzas. Tom conoce perfectamente esas rocas: si no puede pasar, estará siempre en su mano el volver á entrar en el castillo; pero te encargo que procures contenerte: piensa que el manifestar un interés decidido en favor suyo, puede perderlos, y á nosotras tambien.

Cope. (*á Dargil*). En efecto, teneis razon. (*Oyese un pistoletazo. Malvina da un grito*).

Malv. Ah!

Cope. Bueno: esto quiere decir que los soldados han descubierto á alguno. El ruido viene por este lado: desde esta ventana podremos ver lo que es al resplandor de la luna. (*Cope y Dargil se asoman á la ventana de la derecha.*)

Malv. Ya esto es hecho: perdióse toda esperanza. (*bajo á Lady.*)

Lady. Mucho lo temo.

Cope. Señor Dargil, mirad: esos soldados tienen trazas de ir en seguimiento de algun fugitivo.

Darg. En efecto, asi es.

Cope. Mirad mas allá un hombre.... no puedo distinguir sus facciones.... si será el príncipe Eduardo?

Darg. Bien podrá ser.

Cope. Regocijaos, Miladi, pronto tendremos en nuestro poder á ese príncipe rebelde.

Lady. (*con una alegría fingida.*) De veras?... Cuánto me alegro! O príncipe infeliz! (*aparte.*)

Darg. (*viendo á Malv. desmay.*) Cielos! Malvina se desmaya. Cuál podrá ser la causa?

Lady. Eso no es nada: el tiro, la sorpresa, el miedo.... Yo misma, os lo confieso.... Ya vuelve en sí. (*óyese otro tiro.*)

Darg. Otra vez?

Cope (*desde la ventana.*) Los fugitivos se defienden: nuestros soldados huyen: firmes, voto va!... Comandante, voy á reunirlos. (*vase.*)

Darg. Ya os sigo.

Malv. Deteneos.

Darg. Semejante resistencia me hace creer que es efectivamente Eduardo. Corro á su encuentro: si no se rinde, no me paro en consideraciones. Muerto ó vivo ha de caer en mi poder. (*vase.*)

Malv. Fatal proyecto!

Lady. Por haberle hecho salir....

Malv. Le hemos perdido.

Lady. No nos detengamos en quejas infructuosas. Ven, sígueme: veamos si aun hay algun medio de salvar á ese infeliz; y si no, lloremos eternamente su desventura.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

LADY DATOL, MALVINA.

Lady. Qué aun no pueda saberse nada de lo que ha pasado!

Malv. Sí, querida tia. Un criado acaba de decirme que se han visto diferentes partidas de soldados venir del lado de las rocas.

Lady. Ah! no nos alimentemos de vanas esperanzas. Si Eduardo habrá sido detenido? Tom no viene, y.... O Dios! cuánto temo!

Malv. Oigo ruido.... Es la voz de Tom.

Lady. Preparémonos, pues, á todas las desgracias.

ESCENA II.

DICHOS, TOM.

Malv. (*á Tom.*) Y bien? habla: instrúyenos al punto....

Tom. Ay, señora, no puedo mas!

Lady. Todo se ha perdido, sin duda? Está el príncipe en poder de sus enemigos?

Tom. El príncipe?... Bah!... Quién os ha dicho semejante cosa?

Malv. Respiro! Pues esplícate: calma nuestra agitacion.

Lady. Qué es de él? Dónde está? Responde.

Tom. Qué es de él? Dónde está? Gracias á mi discrecion y travesura, está bueno, y pronto le vereis en este sitio.

Malv. Será posible?

Lady. No le han conocido? Dinos, pues, cómo.

Tom. Voy á contarlo. Salíamos con mucho recato por la puerta secreta que cae sobre las rocas....

Lady. Yo misma os conduge hasta ella. Prosigue.

Tom. No estábamos todavía á cien pasos del castillo, cuando llegó á nuestros oidos una voz que gritaba; » quién » vive?" Nosotros nada respondimos; pero quedándonos aterrados al oirla, no podíamos ir adelante, ni volver atrás. A muy poco tiempo oimos un tiro de fusil, y en seguida tocar una al arma general. El príncipe echó mano á la espada, y yo me armé de mis dos pistolas. Atacó como un leon á los primeros que venian, despues que hubieron disparado sus armas; pero cargando mas y mas gente, y resonando las balas por nuestros oidos, tratábamos, á favor de la obscuridad de la noche, escapar del peligro. Entonces cogí al príncipe por la mano, y le conduge á fuerza de muchos rodeos al sitio que yo juzgué por mas seguro: esperamos un poco, y creyendo poder ya salir sin peligro de las rocas, nos adelantamos á dejarlas, cuando en el mismo punto nos vemos rodeados de una partida de tropa, con luces que traian ocultas, mandada por el caballero Dargil. Pensad cuál seria nuestra sorpresa! » Quién va?" grita el comandante. Descubren á sus voces las luces, se acerca el señor Dargil, nos reconoce, y nos dice: » có» mo! el Lord Datol en este sitio?" Yo que oí tal palabra, me aprovecho de su equivocacion, y le digo al instante: » El mismo: hemos oido tiros y ruido » desde los muros del castillo, y sos» pechando que tal vez lo motivaria el » quererse refugiar algun proscripto en» tre las rocas, bajamos á buscarlo pa» ra detenerlo nosotros mismos." El silencio del príncipe, y una aprobacion con su cabeza, confirmó mi mentira. Sir Dargil, engañado con la verosimilitud de mi respuesta, aplaudió el buen celo del Milor, le dió mil gracias, mandó á la tropa que hiciese una nueva pesquisa en el bosque, y viene con el príncipe. Yo, lleno de contento por haberle salvado con mi astucia, me adelanté á contaros un seceso que, sin duda alguna, os tendría, señoras, en la mayor agitacion.

Malv. Ah, querido Tom! Mi agradeci-

miento será eterno.

Lady. Yo no olvidaré jamás....

Tom. Dejad, señoras, eso: nada me agradezcais. Cuando oí contar las desventuras de ese príncipe, se enterneció mi corazon, y me propuse hacer en su favor cuanto pudiera. Pero no perdamos el tiempo: ellos llegarán muy pronto. Las tropas han reconocido las rocas, y ya no volverán á ellas. Esta noche misma puede....

Lady. Sí, si: esta misma noche es forzoso libertarle. Mi esposo debe llegar aquí al rayar el dia, y....

Tom. Aun tenemos tiempo: á penas son las once. Por otro camino iremos á buscar nuestra barquilla.

Lady. Qué barquilla? si ya no la tenemos: los enemigos de Eduardo se la han llevado.

Tom. Se la han llevado? Voto va brios!...

Lady. Pero Dargil ha prometido volvérmela. Corre y reclámala en mi nombre: háblale con firmeza, y haz que en el instante mismo te la entreguen.

Tom. Dejadme hacer: él me la volverá. Voy á buscar al coronel Cope, que es sin duda quien la tendrá. Maldito! es mas fiera que hombre.... Pero aquí vienen: yo os dejo. Ea, Tom, valentía. Corro á ver lo que pasa por la isla, á espiar á los centinelas, á recoger nuestra barquilla, y à emprender el nuevo viage. Hasta la vuelta, señoras. (*vase.*)

ESCENA III.

LADY, MALVINA, EDUARDO, DARGIL.

Lady. Cómo, Milor, al fin habeis salido de casa esta noche dejándonos á todos en la mayor inquietud?

Malv. Si supierais cuantas penas nos habeis costado!

Eduar. Me basta el conocimiento que tengo de vuestras bondades, para creer que habreis padecido infinito.

Darg. En efecto, Milor, por qué esponeis vuestra vida contra hombres que nada tienen que perder, y acrecientan su ferocidad hasta la desesperacion?

Eduar. Yo he podido defenderme de un ataque inesperado, y algunos....

Darg. Pues no dejan de ser valientes: han herido á muchos de mis soldados; pero decidme, los tres proscriptos que me habeis contado que os acometieron, tomaron el camino de la selva? Será forzoso perseguirlos, y qùe las armas hagan su deber.

Malv. Señor Comandante, despues de vuestra llegada no he oido hablar mas que de armas, heridas y soldados: vos haceis muy bien de cumplir con vuestra obligacion; pero tened la bondad de confesarme que semejantes conversaciones no son, á la verdad, nada agradables á las mugeres.

Darg. Teneis razon, señorita, debíamos hablar de cosas mas dulces; pero....

Malv. Yo os pido por favor que no me hableis mas de ese príncipe desgraciado.

Darg. (*á Eduardo.*) Cómo se interesa por él! ya lo veis.

Eduar. Tiene una alma muy sensible, y no es estraño.

ESCENA IV.

DICHOS, UN CRIADO.

Criado. Señora, dos oficiales han llegado, y preguntan por el señor comandante.

Darg. Ah! sí, ellos serán.

Lady. Quiénes?

Darg. Algunos de nuestros compañeros que vienen á cenar con nosotros.

Malv. O Dios! pues cómo?...

Lady. Los habeis convidado vos, señor Dargil?

Darg. Señora, yo no hubiera tenido por mí solo semejante atrevimiento; pero vos me encargasteis que convidase à aquellos que se encontrasen mal en sus alojamientos, y os he obedecido.

Lady. Es cierto, sí, me acuerdo: yo os lo dige.

Darg. Voy á recibirlos, y volveré á presentarlos. (*vase.*)

ESCENA V.

EDUARDO, LADY, MALVINA.

Malv. Mas si alguno de ellos....

Lady. No, ellos no pueden conocer á mi esposo despues de una ausencia tan larga.

Malv. Pero tal vez retirándose el príncipe....

Lady. En efecto, sería el medio mas prudente; mas no hay lugar de tomarlo. Ya llegan, y le han visto. Disimulad vos, y pensad en que de una sola palabra que se os escape, depende vuestra existencia y nuestra felicidad. (*á Ed.*)

Eduar. Yo procuraré contenerme.... sin bajeza.

ESCENA VI.

DICHOS, DARGIL, COPE, UN OFICIAL.

Darg. Milor, permitid que os presente á dos valientes camaradas.

Oficial. Tened la bondad, señora, de disimular nuestra libertad.

Cope. Ya saben las mugeres que los militares, sobre todo en campaña, gastan muy pocos cumplimientos.

Darg. Ah! si todos los presentes conocieran como yo al coronel, sabrian que nadie en el mundo desprecia como él la política y los cumplimientos que, segun yo pienso, embellecen el comercio de la vida.

Cope. Pues segun yo pienso no hacen mas que fastidiarla estos diablos de cumplimientos.

Lady. (*bajo á Malvina.*) Gracias á la suerte, no le han conocido.

Cope. Este maldito asunto de Estuardo no nos deja un instante de reposo; pero paciencia, él pagará bien caro las fatigas que nos cuesta.

Oficial. Pero aun está muy lejos, me parece.

Lady. (*á un criado.*) Dí que nos den de cenar. (*vase el criado.*)

Oficial. Y el Milor, ha estado en la guerra de Escocia? Ha peleado contra Eduardo?

Eduar. Yo.... no, señor.... yo servia....

Lady. Mi esposo estaba en Holanda, y nunca ha dejado al Rey.

Cope. Pues no habeis sido, Milor, tan felices en Brabante, como lo hemos sido nosotros en Escocia. Cómo batimos allí á los rebeldes! Ya se acordarán ellos para siempre de Cullóden.

Lady. Hombre cruel! (*aparte.*)

Eduar. Es cierto; pero si no estoy engañado, los montañeses sin esperiencia, y en pequeño número, os han batido dos veces completamente.

Ofic. No hay duda: es necesario hacer justicia al jóven príncipe. El hombre que se presenta sereno al frente de sus enemigos, que sin mas apoyo que su valor y su energia sabe formarse un egército, no puede ser de ninguna manera un hombre comun. Su conducta, por otra parte, está llena de nobleza, y su alma es grande: él es nuestro enemigo, yo deseo batirle; pero sus calidades merecen mi estimacion.

Sacan dos criados una mesa con platos, ponen luces, arriman sillas, &c.

Lady. Pensais perfectamente. Vamos, pues, á cenar.

Cope. Con mucho gusto: tengo una hambre canina y una sed infernal. Si el Milor lo permite, beberemos como buenos ingleses. (*Se sientan: Eduardo y el coronel se colocan á los lados de la mesa, Lady al frente al lado de Eduardo, en el centro Dargil y luego Malvina*).

Dargil. Está bien; pero me permitirá el señor coronel que le diga que en esta casa se han adoptado las costumbres mas finas: que aqui, como en Francia, se usa mucha cortesía con las damas, y el beber en la mesa, sin nunca emborracharse.

Cope. Voto va brios! mi comandante; pues ahora que voy para viejo, me quereis obligar á que aprenda á vivir? Pues no podreis conseguirlo: yo soy perfecto inglés, y aborrezco como tal las costumbres francesas: yo amo á mi patria, y cuando bebo por su prosperidad, casi siempre me emborracho.

Darg. Señores, disculpadle, porque......

Lady. Dejad que diga lo que guste.

Cope. Y bien, que se dice de nuestra situa-

cion? se cree que todavía quiera la Francia sostener á Eduardo? (*Se oye una música militar al foro*).

Lady. Que música es esta?

Darg. Yo lo ignoro; pero iré á ver......

Cope. No os incomodeis, mi comandante.

Ofic. En efecto, este será un obsequio del coronel.

Cope. Y no lo niego: vanaglorioso de cenar en compañía del Milor, he querido manifestarle que sé como se obsequia á un Lord del Reino que se ha mostrado siempre fiel al partido de Jorge.

Lady. Y como habeis dispuesto este obsequio, coronel?

Cope. He dicho á mis granaderos: hijos mios, voy esta noche á cenar en casa de un favorito del Rey; mostrad que sois hombres de bien, uníos con la música del regimiento, tomad las banderas que habeis ganado al nieto de Jacobo II, y venid en triunfo hasta las murallas del castillo del Milor; arrastrad por el suelo esos miserables trapajos, gritando: *viva Jorge*! El Milor es generoso, y os enviará que beber á su salud y á la mia. Ellos prometieron su palabra, y ya veis como la han cumplido. (*La música toca el* Got save the king, *y Eduardo padece y manifiesta con disimulo la pena de su corazon*).

Lady. En efecto, nosotros somos generosos, pero al mismo tiempo sensibles. (*A un criado*). Haz que les den vino y algunas guineas, y que se retiren. (*Vase el criado*).

Darg. Si la fiesta no ha sido grande, al menos puede disculparla la buena intencion.

Cope. Como! que la fiesta no ha sido grande? Pues yo apuesto voto va brios! que no se pudiera buscar una mas grata para el Milor. Es verdad, con franqueza, que os ha gustado? (*A Eduardo*).

Eduard. (*Con indiferencia*). A mí?... Si.

Cope. Como Milor! os veo friamente decir que sí, cuando yo creia haber llenado vuestro gusto; y esto lo estraño. (*Lady hace una seña á Eduardo*).

Eduar. Creed, señor coronel, que yo sé apreciar las cosas en aquello que valen.

Cope. Norabuena; pues aunque no fuera mas que el haber dispuesto una funcion en que rabien todos los partidarios de Eduardo que haya ocultos en la isla, no es un mérito?

Malv. Que hombre! (*Aparte*.)

Lady. (*aparte*.) Que impertinente! (*Alto*.) Señores, creo que será conveniente en este momento que hagamos treguas con las discusiones políticas.

Cope Muy bien pensado; y el noble Lord no rehusará echar un brindis por mi salud.

Eduar. Por vos?... con mucho gusto; y por las mugeres que hermoseando la carrera de nuestros dias, se hacen dignas del mayor reconocimiento. (*Beben*.)

Cope. (*Aparte*.) Que querrá decir con esta salida tan estraña?

Darg. Repitamos nosotros el brindis del Milor. (*Beben*.)

Lady. Nosotras le agradecemos la generosidad con que engrandece nuestro sexo.

Malv. Y ojalá que podamos largo tiempo hacer beneficios que nos puedan agradecer!

Cope. Milor, acompañadme: vaya otro brindis como buenos ingleses: á los grandes sucesos de las armas de Jorge en la tierra y en el mar, y á la muerte de los Estuardos. (*Eduardo arrebatado de cólera, se levanta, rompe el vaso contra el suelo, y dice*):

Eduar. Yo no brindo jamás á la muerte de nadie. (*Todos se levantan y dejan la mesa*).

Darg. Milor!

Todos. Que es esto?

Lady. Pensad que sois mi esposo.

Edu. Y quien podrá contenerse? Eduardo es perseguido, y debe serlo, por los que obedecen á su contrario; pero es un hombre despreciable y poco generoso el que brinda á la muerte de los desgraciados, de cualquier partido que sean.

Cope. Milor, yo......

Lady. (*Aparte*). O Dios, él se pierde!

Cope. Mucho estraño que defendais á un traidor.

Eduar. Yo defiendo á un príncipe desdichado que, aunque sus armas triunfantes perseguirán algun dia al mismo Jorge hasta su trono, prohibe á todos los que por él pelean atentar á la vida de su contrario.

Lady. En efecto, señores, os habeis olvidado, sin duda, de que Jorge nuestro Monarca no tiene sentimientos tan feroces: sabeis que últimamente en una de las fiestas públicas en que los ingleses celebran sus triunfos, y á que asistia él mismo, le dijo un máscara: yo voy á procurarle á Eduardo su salvacion; y el Monarca le respondió: yo sé la procuraré tambien; es un príncipe desgraciado. (*Histórico.*) Luego, por qué estrañais que mi esposo piense del mismo modo que nuestro Soberano?

Ofic. En efecto, yo sigo la misma opinion.

Lady. Lo sé.

Cope. Milor, señoras, disculpad mi imprudencia: yo soy buen inglés.

Malv. Todos lo somos igualmente.

Darg. No cabe en eso duda. Coronel, es tarde, todos nuestros esfuerzos han sido inútiles y dilatados, la oficialidad y la tropa estarán rendidas, pasad á hacer que se recojan, y dejad muy pocas centinelas.

Cope. Yo voy en el momento, mi comandante.

Lady. (*Aparte.*) Recogiendo la tropa, las rocas quedan libres.

Cope. Señoras, buenas noches.

Ofic. Admitid mis respetos, y mandadme. (*Vanse el coronel y el oficial*).

ESCENA VII.

DARGIL, EDUARDO, LADY, MALVINA.

Darg. Señoras, permitidme tambien que me retire, porque goceis de un reposo que parece que deseais.

Lady. Haced lo que gusteis.

ESCENA VIII.

DICHOS, EL OFICIAL SEGUNDO.

Ofic. Mi comandante, aquí conduzco al desconocido que se ha arrestado en la costa opuesta.

Darg. Ah! el que osó tomar el nombre del Milor?

Ofic. El mismo.

Lady. Cielos!

Malv. Otro infortunio! (*Aparte.*)

Ofic. El nos ha suplicado que le condugésemos aquí sin detencion, á vista de esta señora á quien llama su esposa.

Malv. Será tal vez algun desgraciado que...

Lady. Si, y por lo mismo permitidme que yo le reciba: todos los desgraciados merecen nuestra estimacion. Vos, Milor, retiraos á vuestro aposento: es tarde, y vuestra salud......

Malv. Si, tio mio, yo os conduciré.

Darg. Oh! no, perdonad: la presencia del Lord es sumamente necesaria en este sitio. (*Al oficial*). Conducid á ese hombre. (*Vase el oficial segundo*).

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS EL OFICIAL SEGUNDO.

Darg. (*A Eduardo*). Suplico que os quedeis un instante.

Eduar. (*Aparte.*) Se acabó mi esperanza.

Lady. Pero que puede importar?.....

Darg. Mucho, señora: el engaño que ha usado nombrándose Lord Datol ha sido formado creyendo vuestra ausencia, y nada puede mas convencerle de falsario que vuestra presencia misma. Ya llega.

ESCENA X.

DICHOS, LORD DATOL, OFICIAL SEGUNDO, SOLDADOS. (*Lord Datol entra acompañado del oficial, y los soldados se quedan á la puerta*).

Lady. (*Aparte.*) Ah, que peligro! Si él pudiera entenderme!

Malv (*Aparte.*) Hombre desgraciado!

Eduard. (*Aparte*). Suframos constante nuestra suerte.

Datol. Al fin logro verte, sensible esposa. Cuanta es mi alegría! (*Quiere abraz.*)

Lady. (*Aparte.*) Que haré, Dios mio? Que le diré?

Datol. Qué es esto? por qué me recibes con tanta indiferencia? Mas nada importa ahora; dígnate declarar á estos seño-

res cual es mi nombre y cual mi clase: creen que yo soy un proscripto, un partidario de Eduardo, y como tal me han arrestado. Diles, pues, quién es el Lord Datol, y que su mayor gloria ha sido siempre batirse por la gloria de su Monarca.

Lady. (*Haciéndole señas*). Escuchad, mirad que.....

Datol. (*Aparte.*) Señas! turbacion! un estrangero! Qué es esto?

Lady. Yo solo anhelo salvar á un proscripto que vos......

Datol. (*Aparte.*) Salvar á un proscripto!

Darg. Y por que os habeis de interesar por un proscripto que ha tomado el nombre respetable de vuestro esposo? (*A Datol.* Vuestro nombre no es el de Datol.

Datol. No es mi nombre?

Darg. No, el Lor Datol esta en vuestra presencia: presentaos, señor, para confundirle.

Datol. Quien es el que?... (*Dargil toma de la mano á Eduardo y le presenta á Datol*).

Darg. Vedlo.

Datol. (*Aparte*). Que miro? O Dios! él es: en Roma me salvó la vida....

Lady. (*Aparte.*) Su corazon ha adivinado el mio. (*Alto.*) El Lord Datol, que él creia ausente, y que acaba de reconocer, motiva la suspension en que se halla.

Datol. (*Aparte.*) Eduardo aqui bajo mi nombre! La turbacion de Lady.... su buen corazon.... todo lo comprendo.

Darg. Una sola mirada del Lord, habra trocado ya vuestras ideas?

Datol. Infeliz Eduardo! y que partido?...

Darg. Eduardo! Qué dice? Vos no sostendreis ya?.....

Datol. No, señor comandante. La vista de una persona, que yo con razon creia estaba muy lejos de este sitio, me obliga á desmentirme. No obstante, si yo no soy el Lord Datol, soy al presente todo lo que querais que sea. (*A Eduardo*). Vuestras facciones se fijaron proundamente en mi memoria: bien lo hareis conocido: si p or una imprudencia harto disculpable en mi situacion, he podido causaros algun tormento, con la mayor sencillez os suplico el perdon. Sed dichoso, Milord, y si algunos acasos desgraciados os arrastran tal vez al estado de un proscripto, procurad el triunfar ó el escaparos de vuestros enemigos: este es mi modo de proceder para con vos. Comandante ya lo sabeis todo, asegurar mi persona, conducidme donde gusteis, y dejemos en paz a la sensible señora de esta casa.

Edu. No lo permito; vos no debeis dejarla.

Darg. En efecto, decidnos antes vuestro nombre, vuestra calidad....

Datol. Yo debo y quiero callar.

Darg. No os obligaremos nosotros á que rompais vuestro secreto; pero vuestra presencia, vuestra dignidad.... una palabra que dejasteis escapar de vuestros labios, me hacen sospechar....

Datol. Qué?

Darg. Que el príncipe Eduardo esta delante de mí.

Datol. Os he dicho yo que no lo soy?

Darg. O cielos! qué acaso!

Datol. Infeliz! (*mirando á Eduardo.*)

Darg. Procurando ocultar vuestro nombre, no habeis podido libertaros de vuestro destino; pero creed, que á pesar de la severidad de las órdenes que tengo, yo usaré con vos de los respetos y consideraciones que merecen vuestra clase y vuestras desdichas; estos derechos imprescriptibles que tienen los desgraciados sobre todos los hombres.... Mas qué nos quiere el coronel? Parece que viene agitado.

ESCENA XI.

DICHOS, EL CORONEL COPE, TOM.

Cope. Mi comandante, recibid una noticia tan interesante como desgraciada: la seguridad de nuestras costas se encuentra amenazada, una escuadra francesa muy considerable acaba de arribar se teme un desembarco.

Darg. Como!... los franceses... los aliados de Estuardo...

Cope. El Duque de Cumberland, instruido de esta noticia, acaba de llegar á esta isla.

Lady, *Malv.* Cielos!

Cope. El vá al momento à pasar revista à las tropas en lo mas retirado de la isla, à formar baterias por la parte que se aproxima la escuadra, y á poner estas costas en defensa La isla toda está en la mayor consternacion. Ya se cuentan todos los navíos franceses, algunos están ya fondeados en la bahía de este castillo. Yo he hallado al general, y le he participado la llegada del Lord por si gusta emplearle, y él mismo me envia á felicitarle y á decirle de su parte que desea ver á su antiguo compañero de armas: si el Milor gusta verle, aun le podrá encontrar en la orilla del mar al norte de la isla.

Lady. Sin duda el Milor no desperdiciará este instante que le va á colmar de honor y de alegría: partid, pues, al instante á ver al general. (*á Edu.*) Tom?

Tom. Señora?

Lady. Acompaña á tu amo.

Tom. Con mucho gusto.

Lady. (*á Dargil.*) Pero es fuerza que vos deis las órdenes convenientes á las guardias de la costa....

Darg. En efecto; coronel, á vos le encargo: que dejen pasar al Lord Datol y su criado.

Cope. Pues qué, mi comandante, no venis vos mismo?

Darg. No, yo no puedo apartarme del príncipe.

Cope. Del príncipe!

Darg. Sí, del principe Eduardo: yo mismo quiero entregarle á el general.

Cope. Pues como!.... (*Hablan entre sí*).

Lady. Tom, y la barquilla!

Tom. Ya està lista.

Lady Pues marchad al instante. (*A Ed.*)

Malv. (*A Eduardo*). Id con Dios, y que sieinpre os proteja.

Eduardo, conmovido, no puede hablar: mira al Lord á su esposa y á Malvina: pone la mano sobre el corazon, asegurando su agradecimiento, y se va con Tom.

ESCENA XII.

DARGIL, COPE, LORD DATOL, LADY DATOL, MALVINA, OFICIAL SEGUNDO.

Darg. Partid vos, y decid à vuestro general que aquí queda el príncipe Eduardo: mandad tambien que dejen pasar al Lord. (*al oficial segundo el cual se va.*)

ESCENA XIII.

DARGIL, COPE, LORD DATOL, LADY DATOL, MALVINA.

Darg. Yo pensé dejar pronto esta isla; pero veo que los señores franceses nos van à hacer estar en ella largo tiempo.

Lad. Pues cómo! creeis que ellos osarán...?

Darg. No serà muy dificil: ellos saben las pocas fuerzas que aqui tenemos, y acaso harán alguna tentativa; y quién sabe hasta dónde podrà llegar su rabia, cuando sepan que esa famosa escuadra destinada à sostener à Eduardo ha sido hasta el presente inútil, pues està en nuestro poder?

Datol. No, los franceses no osaràn hacer un desembarco; y si todos los ingleses pensasen como yo, bien presto...

Darg. Qué es lo que decis?

Datol. Nada. (*Aparte.*) Ya me olvidaba de quien debo ser: forzoso es arrepentirse ahora de un buen impulso de lealtad y valor.

Darg. Qué quiere decir ese lenguage? No puedo comprenderos: acabais de arrebataros de tal suerte, que el corazon mas afecto à Jorge os debiera envidiar; pero por mas que busqueis arbitrios ingeniosos para ocultar vuestro nacimiento y vuestra clase, estos son ya para nosotros bien conocidos, y tendreis que ceder à la fortuna.

Datol. Oh! cuan vanos é ilusorios suelen ser à veces los juicios de los hombres!

Cope. Por eso yo discurro poco: vamos, mi comandante, conduzcamos delante de nuestro general al príncipe Eduardo, y dejémonos de disputas.

Darg. En efecto; señores, con vuestro permiso voy à conducirlo.

Lady. No dudo que un abrazo será el premio de vuestro descubrimiento...... Pero quién llega? Qué ruido se oye?

ESCENA XIV.

DICHOS, *UN CRIADO.*

Criad. Señora, S. A. el Duque de Cumberland llega á veros.....

Datol. Preparémonos, pues, á contestarle

Lady. Mientras que nuestro corazon nada nos vitupere, no debemos perder nuestra tranquilidad. (*Lady y Lord Datol dicen eso mientras Dargil y el coronel han ido á recibir al Duque. Lady conduce á Datol á una silla junto á la mesa de la derecha: Datol se sienta y cubre su rostro con sus manos.*)

ESCENA XV.

DICHOS, EL DUQUE *seguido de su estado mayor.*

Duq. (*A un Edecan*). No, su intento, á pesar de la aproximacion hácia la tierra, no puede ser de un desembarco; pero por si lo fuese, estad con el mayor cuidado, y avisadme. (*Vase el Edecan*). Milady, disimulad que entre con tal franqueza en vuestra casa, porque además de creerla como la de un amigo, la situacion estrecha de esta isla, el huésped que teneis, y los temores que tal vez os ocuparán, me hacen no reparar en cumplimientos que, como sabeis, entre buenos amigos son inútiles.

Lady. Vuestra Alteza ha hecho muy bien, y su presencia en ella no puede menos de honrarla y de favorecerla.

Duq. Creed que me ha sorprendido á mi llegada el saber que habitábais este castillo: yo creía que el Milor estaba aun en Brabante, y que permanecíais vos en la corte; mas decidme, y mi amigo Datol, que ha llegado tan á propósito, donde está?

Darg. Estraño que V. A. no le haya encontrado; casi en el mismo tiempo que entraba en esta sala salia de ella el Milor.

Duq. No le he visto, y me es sensible: yo le quiero porque es mi compañero de armas, gran soldado, y fiel á su patria. Nuestro Soberano puede contar con que el Lord Datol es uno de aquellos hombres que honran á la Inglaterra.

Datol. (*Aparte.*) Grande elogio; pero en mala ocasion!

Duq. Comandante, pensemos en conducir al príncipe: si los franceses llegan á sospechar que se halla en esta isla, tal vez intentarán el desembarco. Es forzoso, pues, en el instante tratar de conducirle á Inglaterra. Donde está?

Darg. Vedle, señor: teme sin duda el presentarse á V. A.

Duq. Desgraciado Huyámos de mirarle: yo le he vencido, y tal vez mi vista podrá incomodarle ó abatirle.

Lady. Señor .....

Duq. Yo le estimo, Milady; pero como buen inglés no he podido menos de batirme con él. Marchad, Dargil, preparad el viage, y pensad que me respondereis con vuestra cabeza de la persona del príncipe.

Darg. Yo agradezco la confianza que V. A. hace de mí, y cumpliré con mi deber. Príncipe, seguidme, yo debo responder de vos.

Datol. (*Se levanta y vuelve hácia el Duque la cara*). Y yo quedar aqui: esta es mi casa.

Duq. Que oigo? pero que es lo que miro? Al Lord Datol.

Darg. Al Lord Datol?

Duq. Al mismo: que significa esta equivocacion?

Darg. Ah, señor, que me se ha engañado! Que traicion! Sí, sí: yo me recuerdo...... mil circunstancias ayudaban mis sospechas; su tono, su lenguage misterioso; el estrangero...... Ah! Milady, como habeis sido capaz de engañarme?

Duq. Con que el príncipe Eduardo?....

Darg. No está en nuestro poder. El no conocer yo ni al Milor ni al príncipe me han puesto en esta consternacion: mi confianza en Milady..... Yo mismo le he librado; yo mandé dar las órdenes para que le dejasen ir á ver á V. A. Pero quizás aun será tiempo, no debe

estar léjos..... yo corro...... pero, Tom, tú le acompañastes.

ESCENA XVI Y ULTIMA.

DICHOS, TOM sale al tiempo de marcharse DARGIL.

Darg. En donde queda?

Tom. Yo... no sé que.... La señora....

Darg. Responde, miserable..... Que papel es ese? Dámele. (*Tom huye de entregarlo, y Dargil se lo quita.*) Aquí hay escrito con lapiz.... Leed, señor; tal vez este papel nos dirá su destino.

Lady. O cielo! (*aparte.*)

Malv. Ya no podrá escapar. (*aparte.*)

Duque (*lee.*) » A Lady Datol. = A Miss » Macdonaldo. Mi vida está ya en la » mayor seguridad. Estoy á bordo de » un navío frances: mis penas se po» drán ir borrando de mi memoria, pe» ro los beneficios que os debo queda» rán para siempre grabados en mi co» razon. = *Eduardo.*"

(*Pausa y estremos de alegría y de sentimiento en cada uno de los personages.*) *El Duque ha leido con indiferencia.*

Malv. Ya se libró.

Duque. Apenas puedo creer mi confusion: vos, Milady, la mas favorecida de vuestros Soberanos.... Vos, Datol, que hasta aquí habeis sido fiel á vuestro Rey.... (*pausa.*) Yo no puedo dejar de darle parte de un acontecimiento que va sin duda á sorprenderle y á irritarle. — Nada quereis decir para justificar vuestra conducta?

Datol. Tan solo una palabra: en Roma le debí la vida.

Lady. Yo ignoraba ese rasgo de generosidad, y por lo tanto libertándole no traté de pagar las deudas de mi esposo: él estaba ausente, y si hay aquí algun culpable, soy yo sola.

Duque. Me confundo al oiros. Pues cuál motivo pudo ser tan poderoso que os obligase á dar un asilo en vuestra casa al enemigo de vuestra nacion y de vuestro Monarca?

Lady. Señor Duque, el mismo que á vos en igual caso os obligaría á hacerlo.

Duque. A mí?

Lady. Sí señor, á V. A. Oidme: si ese príncipe desgraciado buscase fugitivo un asilo en vuestra habitacion; si se os presentase cubierto con el trage de la indigencia, destrozado, pálido, lloroso, y casi moribundo, y os dijese: » yo soy un proscripto débil, desgra» ciado, harto de padecer: el nieto de » Jacobo II os pide amparo y un pe» dazo de pan; aquí teneis mi vida, yo » la confio á vuestra probidad," qué hubiérais hecho?

Duque. Yo, Milady.... (*confuso.*)

Lady. No, señor; respondedme terminantemente: yo os recuerdo vuestra ilustre sangre, vuestras virtudes, vuestro buen corazon: qué hubierais hecho?

Duque. Yo?... Lo mismo.

Lady. Ah! cuánto agradezco, señor Duque, vuestra sinceridad! No me engañé penetrando vuestro corazon.

Datol. Es mi amigo, y no podrá jamás sino portarse como tal.

Duque. En efecto, Milady, nada temais por tan gloriosa accion. Unido á mi Soberano por los vínculos de la sangre, estad segura de que nada podrá resultaros despues de que se la participe. Yo seré vuestro defensor; y sus heróicos sentimientos, la generosidad de nuestra nacion, y el honor con que os habeis conducido, serán garantes de vuestra tranquilidad. Sea cual sea la causa de las guerras, las virtudes no conocen contrarios: si la obligacion nos arrastra á perseguir, y á matar á nuestros enemigos, la humanidad nos manda socorrer á los desgraciados.

FIN DEL ACTO TERCERO Y DEL DRAMA.

VALENCIA: IMPRENTA DE JOSÉ GIMENO, FRENTE AL MIGUELETE.